



## FUNDAMENTOS MILENARIOS DE LA CULTURA MARITIMA DE CHILE<sup>1</sup>

Omar Ricardo Ortiz-Troncoso, Ph.D.<sup>2</sup>

Por imposición del desarrollo histórico, el estudio del pasado social y cultural de América ha sido fraccionado en dos ciclos que surgen como evidentes y contrastantes: nos referimos a las etapas precolombina o prehistórica y a la histórica propiamente tal. Es decir, tanto para la historiografía así como para la metodología de la investigación, el hecho de que a partir de fines del siglo XV comience a disponerse en nuestro continente, de fuentes escritas, hace que se ingrese definitivamente en un nuevo período del conocimiento, diferente al precolombino.

---

1 Trabajo de incorporación a la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile, presentado en la Junta General del 9 de Diciembre de 1996.

2 Docente e investigador en Arqueología de Sudamérica y Arqueología Marítima, Universiteit van Amsterdam.

Con respecto a nuestro país, será a partir del siglo XVI que dispondremos de descripciones escritas tanto del territorio como de sus habitantes. Como es sabido, en Noviembre de 1520 la de Magallanes será la primera expedición europea en tomar contacto con el actual territorio nacional, descubriendo al mismo tiempo para España lo que hoy es el Mar de Chile. En otros términos, Chile ingresa a la historia durante la primera mitad del siglo XVI dejando atrás un pasado milenario englobado en conceptos tales como prehistoria, época precolombina o período prehispánico.

Desde aquella expedición han transcurrido 476 años durante los cuales las modalidades sociales, políticas y administrativas ibéricas, y más tarde las criollas, tomaron posesión del país asentando poblaciones tanto tierra adentro como a lo largo del litoral. Esto último condujo al paulatino desarrollo de la marina comercial, la carpintería de ribera y la pesca, desde simples formas artesanales hasta la industria más competitiva de los últimos decenios, conllevando además el establecimiento de un sistema defensivo de la integridad de este territorio marítimo.

Pero frente a poco más de cuatro y medio siglos de presencia europea y criolla en el mar chileno hay que oponer, por lo menos, unos noventa siglos de comprobada presencia indígena prehispánica sobre estas mismas costas. La comparación sorprende por su desproporción y atrae, al mismo tiempo, porque deja entrever la potencial riqueza arqueológica de nuestro litoral.

No estamos con esto llamando la atención exclusivamente hacia la recolección de restos dejados por aquellos que nos precedieron en la prehistoria, sino más bien hacia una comprensión del cúmulo de experiencia marítima allí testimoniado, huella de innúmeras generaciones que supieron adaptarse con un mínimo de recursos a medio ambientes tan diversos que van desde la extrema aridez de la costa norteña al medio ambiente frío de los fiordos y canales australes.

Obviamente, por razones de tiempo, no podríamos hoy ni siquiera intentar un esbozo de todas las tradiciones culturales que han podido ser estudiadas en yacimientos arqueológicos descubiertos a lo largo del litoral nacional. Nuestro ánimo es sólo el de destacar algunos componentes, concretamente aquellos que constituyen el fundamento de nuestra tradición marítima, la que está unida a una explotación milenaria del océano por parte de diversos pueblos amerindios distribuidos desde Arica al Cabo de Hornos.

En cuanto a Pascua o Rapa-Nui, uno de los núcleos arqueológicos de mayor prestigio en el Pacífico, culturalmente pertenece al ámbito polinésico ya que debió ser poblada a partir del siglo quinto de nuestra era por grupos de navegantes y agricultores provenientes de las islas Marquesas. Por razones de espacio no la hemos incorporado en esta síntesis, que enfoca únicamente el litoral del Chile americano.

Nuestra tesis básica es que, a pesar de la distancia en el tiempo, lo precolombino o prehispánico no puede ser desatendido en lo que concierne a la tradición náutica nacional. Esta es entendida como una derivación casi exclusiva del aporte europeo sin considerar que hoy, generalmente, bajo formas culturales artesanales, siguen latentes en nuestro mundo marítimo tradiciones de raigambre indígena.

Para comenzar la sustentación de esta tesis debemos hacer una observación de carácter metodológico. Existen innumerables referencias a la población costera de Chile hacia la época de la Conquista y Colonia, en su mayoría basadas tanto en crónicas como en documentos de la administración colonial, configurando en conjunto una especie de Protohistoria para el territorio chileno. A pesar de su indiscutible valor, esta clase de fuente adolece de falta de profundidad en el tiempo; pero, por muchos años, constituyó la única referencia al pasado de esas poblaciones. Hubo que esperar la aplicación de técnicas arqueológicas para obtener una visión diferente por lejanía en el tiempo, distanciándose a veces de varios milenios a nuestra época. Por consiguiente destacaremos aquellos hallazgos que, de acuerdo con nuestros actuales conocimientos, inician la constitución de la cultura marítima autóctona.

Entre los pioneros en el estudio de este tema encontramos al conocido historiador José Toribio Medina, quien en el inicio de su carrera demostró gran interés por lo arqueológico publicando la que es considerada como la primera obra dedicada a la prehistoria nacional, "Los Aborígenes de Chile", volumen editado en Santiago en 1882.

Le seguirán figuras como Augusto Capdeville, que, con notable intuición se interesó por la riqueza arqueológica inédita de las inmediaciones de Taltal; Francisco Cornely quien, desde La Serena, inició el conocimiento arqueológico del Norte Chico y Aureliano Oyarzún gran estudioso de nuestra costa central.

Aparecen además investigadores extranjeros como el alemán Max Uhle, internacionalmente conocido por sus estudios en Ecuador, Perú, Bolivia y Norte de Chile, por lo que se le considera como auténtico fundador de una arqueología andina con base y metodología científicas. Debemos agregar al británico Ricardo Latcham, ingeniero de profesión pero portador de inquietudes intelectuales que, una vez en Chile, le hicieron derivar hacia la etnología y arqueología.

Cabe recordar igualmente al norteamericano Junius Bird, del Museo de Historia Natural de Nueva York, que investigó el litoral del extremo Norte al igual que la margen occidental de Patagonia y las costas del canal Beagle incluyendo la isla Navarino. Otro tanto hicieron los franceses José Emperaire y su esposa Annette Laming, del Museo del Hombre de París, quienes iniciaron su labor científica en la zona austral desde fines de la década del cuarenta.

Generaciones posteriores a las de los arqueólogos recién mencionados han igualmente hecho aportes considerables, particularmente a través del empleo de nuevas técnicas de terreno y de laboratorio que han podido echar más luz sobre la prehistoria del litoral chileno. Estos avances fueron objeto de un artículo que publicáramos en 1990 en la Revista de Marina<sup>3</sup>.

Desde hace algo más de 30 años hemos concentrando nuestra atención sobre la problemática arqueológica vinculada al estudio del litoral sudamericano, buscando la interconexión de antecedentes provenientes de yacimientos arqueológicos con aquellos derivados de estudios geomorfológicos y oceanográficos. En otros términos, el establecimiento de un nexo entre huella arqueológica y entorno natural costero.

Aquellos lugares que encierran vestigios de una explotación prehistórica intensiva de recursos provenientes del mar se encuentran, cronológicamente hablando, al interior del Holoceno, período climático iniciado unos 8.000 años antes de nuestra era luego del Pleistoceno que estuvo caracterizado por prolongados ciclos glaciales que afectaron a todo el planeta. Esto último tiene una clara incidencia sobre el conocimiento arqueológico de las regiones costeras, ya que el límite entre tierra y mar es fluctuante y fue profundamente afectado por esta evolución climática.

La acumulación de enormes volúmenes de agua en glaciales durante los momentos de rigurosidad climática provocaron regresiones marinas de magnitud. Consecuentemente, las temperaturas más altas de los ciclos interglaciales (a veces con temperaturas medias superiores a las actuales) se traducían en retorno a las cubetas oceánicas de masas de agua retenidas previamente sobre las tierras emergidas acarreando transgresiones marinas. Obviamente estas alteraciones se desarrollan normalmente con tal lentitud que es necesario verlas desde una escala de tiempo geológico para estimar su importancia.

Igualmente el período en que estamos viviendo -el ya mencionado Holoceno- ha sido afectado por alteraciones del nivel general de los océanos y actualmente la Humanidad se prepara a enfrentar los problemas que podría acarrear el pronosticado ascenso acelerado del nivel del mar.

Otros factores también entran en juego. Por ejemplo, una parte de nuestra costa austral ha debido sufrir alteraciones notables al iniciarse la retirada de los glaciales pleistocénicos, de los que todavía quedan allí relictos. La elasticidad de la corteza terrestre hizo que la

---

3

O.R. ORTIZ-TRONCOSO, "Arqueología del Mar Chileno", Revista de Marina N° 4, pp. 399-412, Valparaíso 1990.

costa -ya libre de la presión de los hielos- iniciara un movimiento ascendente.

En síntesis, el límite tierra-mar es dinámico y los vestigios de asentamientos humanos que sobre él reposan han sido afectados por estos cambios. Yacimientos arqueológicos ocasionados por la presencia de pescadores prehistóricos durante períodos de nivel marino bajo, habrán desaparecido cuando haya ocurrido un incremento del nivel del mar; otros, originalmente situados junto al límite de las altas mareas, pueden encontrarse hoy a varios metros por encima del nivel del mar debido al levantamiento paulatino de la costa.

Estudiados los vestigios dejados por nuestros pescadores precolombinos del Norte Grande, hace ya casi seis décadas el norteamericano Junius Bird determinó la existencia de diferentes niveles crono-estratigráficos, los que a partir de los años 50 pudieron ir siendo paulatinamente controlados por el método del Carbono-14.

¿Pero qué forma asumen estos vestigios? Se trata con frecuencia de lo que la jerga arqueológica denomina conchales o concheros, es decir acumulaciones masivas de restos de alimentación de origen marino incluyendo un alto porcentaje de valvas de moluscos.

Con frecuencia a estos sitios están asociados vestigios de habitaciones y cementerios. La condición desértica de esa costa ha hecho de que la preservación del material prehistórico sea óptima y así conocemos no sólo los objetos de piedra y alfarería habituales, sino además elementos en materias imposibles de conservar en otro ambiente como es el caso de textiles, pieles, madera, plantas, etc., incluyendo los propios restos humanos.

Por medio del estudio del sitio costero de Quiani, cerca de Arica, Junius Bird pudo comprobar ya en 1941 la existencia de dos fases prehistóricas previas a la aparición de la agricultura y de la alfarería en esa región. La primera de estas fases representativas de las más antiguas poblaciones de pescadores dataría de aproximadamente 4.200 A. de C., es decir tendría una antigüedad de 6.200 años.

Esa misma región ha entregado evidencias de un sorprendente capítulo del registro precolombino. Se trata del sitio de Chinchorro, cementerio prehistórico conocido desde principios de siglo a través de las investigaciones de Max Uhle. Habiendo sido objeto de sucesivas excavaciones, se ha podido determinar que este lugar es representativo de una cultura con orientación marítima que se desarrolló en el Norte Grande a partir de unos 5.500 años atrás (3.500 A. de C.) y cuyo centro de origen y difusión sigue siendo una incógnita. Su característica más sobresaliente es la momificación artificial incluyendo aplicación exterior de arcilla y materias colorantes, encontrándose los cuerpos inhumados entre esteras y pieles de aves marinas. La técnica de momificación presente en esta cultura marítima

del Chile está entre las de mayor antigüedad conocidas hasta ahora, no sólo en la América precolombina sino también a nivel de la prehistoria mundial.

Entre los objetos de carácter ceremonial asociados a las tumbas Chinchorro cabe mencionar pequeñas representaciones humanas hechas de arcilla cruda teniendo, en su interior, huesos humanos o de animales. Serían éstas las más antiguas representaciones escultóricas humanas del área andina.

Es decir, éstos y otros ejemplos corroboran la presencia prehistórica temprana de pescadores, cazadores de mamíferos marinos y recolectores o mariscadores. A pesar de la sencillez de su cultura material, estas comunidades mostraban ya un desarrollo socio-económico que permitía la existencia de aldeas establecidas en forma permanente. Asimismo la llamada cultura Chinchorro plantea la posibilidad de la presencia de una clase social, probablemente de carácter sacerdotal, dedicada a la compleja tarea de la momificación.

Existían, sin duda, contactos e intercambios con el interior del territorio; ya que mediante excavaciones efectuadas en aldeas datando de varios milenios antes de nuestra era y a 35 km. de Pisagua, en la Pampa del Tamarugal, los arqueólogos han constatado la presencia de restos de peces, de mariscos y de mamíferos marinos.

Cerca de la desembocadura del Loa han sido descubiertos igualmente vestigios de asentamientos de pescadores prehistóricos datando de 3.000 años antes de nuestra era y cuya sobrevivencia era asegurada, casi exclusivamente, por productos extraídos del mar.

El sitio arqueológico de Quebrada de las Conchas (9 km. al norte de Antofagasta) ha revelado un contexto de pescadores sorprendentemente temprano con un origen que se remonta, según análisis radiocarbónico, a 7.730 años A. de C. En sitios de Abtao y Cobija han sido descubiertas evidencias de presencia humana que se remontan a 3.400 y 4.080 A. de C. respectivamente<sup>4</sup>.

En la historia de la arqueología suelen aparecer personajes provenientes de otras profesiones y tal ocurrió en Taltal en 1914 cuando Augusto Capdeville, funcionario aduanero, comenzó a coleccionar primitivos artefactos de piedra provenientes de yacimientos prehistóricos locales. Para Capdeville esta actividad se

---

4 B. BITTMANN, "El Proyecto Cobija: Investigaciones antropológicas en la costa del desierto de Atacama (Chile)", en Simposio Culturas Atacameñas (44th Int. Congress of Americanists, Manchester 1982; B. Bittmann, coord.) pp. 99-146. Antofagasta 1984. A. LLAGOSTERA, "Ocupación humana en la costa norte de Chile asociada a peces local-extintos y a litos geométricos: 9680 ± 160 A.P.", en Actas VII Congreso de Arqueología de Chile (H. Niemeyer, dir.) pp. 93-113. Santiago 1977. A. LLAGOSTERA, "9.700 Years of maritime subsistence on the Pacific: An analysis by means of bioindicators in the North of Chile", *American Antiquity* 44, pp.309-324, 1979

fue transformando paulatinamente en una pasión que le llevó a mantener correspondencia con renombrados arqueólogos de su tiempo. Estos sitios de las inmediaciones de Taltal encierran importante información sobre la presencia de hombres de mar primitivos que allí se asentaron desde unos 4 000 años antes de nuestra era, dejando tras sí densas acumulaciones estratificadas de indicios de su existencia como las ya citadas herramientas líticas.

En lo que respecta a los indígenas históricos portadores de la tradición marítima norteña -desde la Colonia y hasta el siglo XIX- se trató del pueblo Chango del que se conservan descripciones hechas por cronistas, viajeros y funcionarios de la administración española. Estudios etnohistóricos en base a documentación de los siglos XVII y XVIII parecen indicar la presencia de otros tres grupos conocidos localmente como Uros, Camanchacas y Pro-anches, todos actualmente extinguidos<sup>5</sup>.

Desde el Norte Chico o Semi-Arido y hasta la Zona Central existen igualmente improntas de un pasado lejano ligado a la explotación del mar como recurso fundamental. La cantidad de sitios que han sobrevivido hasta la época actual es menor que en el extremo Norte, esto debido a factores como un ambiente más húmedo, a problemas de erosión y a un mayor incremento demográfico que ha ido indudablemente en contra de la preservación del patrimonio arqueológico.

Jorge Iribarren Charlin, quien condujera por largo tiempo la actividad científica del Museo de La Serena, excavó en las vecindades de Coquimbo, yacimientos que contenían vestigios de pescadores de considerable antigüedad, lo que ha sido corroborado por posteriores trabajos efectuados por continuadores de sus investigaciones. Igual cosa sucede con sitios estudiados cerca de la desembocadura del Choapa, por ejemplo en Huentelauquén.

Avanzando hacia el Sur localidades como Las Cruces, Zapallar, Concón y muchas otras han resultado de interés en cuanto a la presencia de indicios de poblaciones prehispánicas. Por ejemplo un sitio ubicado en Punta Curaumilla (25 km. al sur de Valparaíso) tuvo su origen hacia 6.840 años A.de C.<sup>6</sup> En las dunas de Quivolgo, sobre la

---

5 B. BITTMAN, "Cobija y alrededores en la época colonial (1600-1750)", en Actas VII Congreso de Arqueología de Chile, (H. Niemeyer, dir.) pp 327-356. Santiago 1977.

6 J.M. RAMÍREZ, N. HERMOSILLA, A. JERARDINO & J.C. CASTILLA, "Análisis bio-arqueológico preliminar de un sitio de cazadores recolectores costeros: Punta Curaumilla-1, Valparaíso", en Actas XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Santiago 1988 (H. Niemeyer, ed.) III, pp 81-93 Museo Nacional de Historia Natural, Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago 1991.

margen Norte de la desembocadura del Maule, inventariamos en los años sesenta una serie de lugares muy erosionados pero que conservaban contenido arqueológico, lo mismo que en las inmediaciones de Cabo Carranza y Chanco.

Paradojalmente la Araucanía, sede del más importante grupo indígena del Chile actual, ha recibido desde el punto de vista de la arqueología menos atención que otras zonas del país. Su costa, al parecer jalonada de vestigios prehistóricos, ha sido comparativamente poco estudiada aunque en el estuario conjunto de los ríos Imperial y Monkul -cerca de Puerto Saavedra- ha sido excavado un sitio que conserva indicios de un contexto prehistórico fechado por Carbono-14 en 2.000 años de antigüedad, lo que proporciona un indicio para la presencia de pescadores en ese sector ya a comienzos de la era cristiana<sup>7</sup>.

Otro precedente son los trabajos efectuados a mediados de los años sesenta por el Centro de Antropología de la Universidad de Concepción, tanto en la isla Quiriquina como en sectores vecinos. Habiendo aludido a esta propiedad de la Armada, podemos hacer un paréntesis recordando aquel capítulo anecdótico que constituyó la presencia de marinos alemanes internados allí durante la Primera Guerra Mundial. Con el ánimo de distraerse y únicamente guiados por la curiosidad, efectuaron sondeos sin mayor método en los numerosos depósitos arqueológicos que allí existen, desenterrando objetos pertenecientes a aquellos otros hombres de mar que milenios antes les habían precedido sobre el mismo territorio insular.

Los últimos años, bajo diversos patrocinios, la investigación de la costa Sur va abarcando Chiloé y la región de Aysén. Nos aproximamos así al laberinto de canales que desde allí se extiende hasta el Cabo de Hornos guardando centenares de sitios arqueológicos de diversa magnitud y edad, constituyendo el testimonio de la presencia de los pueblos prehistóricos e históricos con mayor identidad marítima de América: los canoeros nómadas australes.

El análisis de los restos de sus campamentos nos ha indicado sus formas de subsistencia: recolección de mariscos, pesca, caza de especies tanto terrestres como marinas, es decir aves, guanaco, huemul, lobo de mar, nutria, eventual aprovechamiento de ballenas varadas, etc. Al contrario de poblaciones prehistóricas situadas más al

---

7 M. VAN MEURS & A. GORDON, "Monkul-1, un sitio de estuario en la IX Región", en Actas XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, pp 173-180. Temuco 1991.



Norte, los canoeros nunca tuvieron agricultura ni animales domésticos con la sola excepción de los perros adiestrados como auxiliares para las cacerías, sin que sepamos en qué momento de la prehistoria fue introducida esta especie hasta el lejano Sur. A pesar de las mencionadas limitaciones, estos hombres supieron desarrollar formas de vida extremadamente bien adaptadas a esa inhóspita región.

Ya las primeras exploraciones en la zona de los Canales dieron lugar a observaciones de carácter arqueológico, aunque obviamente en aquel entonces no tuvieron más interés que el anecdótico. Así el cronista Gerónimo de Bibar relata cómo en 1553, mientras participaba en la expedición del Capitán Francisco de Ulloa, él y otros miembros del grupo visitaron en la península de Taitao una amplia gruta con vestigios de presencia indígena a la que, llevados por temor supersticioso, denominaron "Cueva Infernal". Un caso análogo data de 1741 cuando los naufragos de la fragata británica "Wager" deambulando por la costa del golfo de Penas dieron con una gruta conteniendo restos humanos dispuestos sobre plataformas de madera, hecho del que dejó constancia el Guardiamarina John Byron, uno de los sobrevivientes de la aventura y, años más tarde (1765), Comodoro de otra expedición británica a Patagonia. En 1615 miembros de la flota holandesa de Joris van Spilbergen habían podido ver en una de las islas del estrecho de Magallanes una tumba indígena conteniendo dos cuerpos envueltos en pieles de pingüino<sup>8</sup>.

La documentación etnográfica y lingüística es abundantísima en cuanto a la descripción de los canoeros permitiendo acceder a un cuadro general de su distribución hacia la época en que exploradores, misioneros, cazadores y colonos se van haciendo presentes en sus territorios. Así sabemos de la existencia de los Chonos en el archipiélago que lleva su nombre (extinguidos en el siglo XVIII), de los Kawéskar o Alakaluf en los canales de Fuego-Patagonia y sector occidental del estrecho de Magallanes (actualmente reducidos a medio centenar), de los Yámana o Yahgan de las islas más australes de América (sobreviviendo algunos en Navarino).

Pero será a fines del siglo pasado que comienza a plasmarse un auténtico interés científico por el pasado de la población autóctona de la región magallánica. Uno de los capítulos pioneros surgirá de la expedición comandada por el Teniente Giacomo Bove, de la Marina Real de Italia, tratándose de la primera excavación de un sitio costero

---

8 O. R. ORTIZ-TRONCOSO, "Arqueología del estrecho de Magallanes y canales del Sur de Chile", en *Culturas Indígenas de la Patagonia*, pp 113-129. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid 1984. O. R. ORTIZ-TRONCOSO, "Ancestros de los pescadores australes (8.000 a.C. a 1500 d.C.)", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, pp. 367-379 (2a. ed). Editorial Andrés Bello, Santiago 1993.

efectuado por el geólogo Domenico Lovisato en la isla Isabel, estrecho de Magallanes, en 1882.

No obstante habrá que esperar hasta los años treinta de nuestro siglo para encontrar una actividad científica sistemática. Es sólo entonces que comienzan las investigaciones coordinadas por el joven arqueólogo norteamericano Junius Bird, quien en 1935 recorrió durante cinco meses los canales australes desde Puerto Montt a Punta Arenas en una embarcación abierta de sólo seis metros de eslora con vela auxiliar, prospección considerada como la más prolongada y temeraria en la historia de la arqueología chilena y sudamericana en general.

A pesar de los intentos de Bird por periodificar el pasado de ese litoral, éste parecía estar marcado por una extrema monotonía mostrando una cultura con escasas diferencias materiales a través del tiempo. Sólo en 1952 una excavación efectuada por el francés Emperaire en la isla Englefield (seno Otway) aportó una nueva visión. Este yacimiento sobre una antigua terraza marina entregó indicios de una cultura marítima diferente a las encontradas hasta entonces. El radiocarbono indicó una fecha sorprendentemente alta para un contexto de pescadores-recolectores<sup>9</sup>.

La opinión consagrada era que el poblamiento del litoral austral habíase llevado a cabo por paulatino desplazamiento desde más al norte de grupos ya especializados en la explotación de recursos marinos, tal como lo eran los canoeros de la época de los primeros contactos con los europeos. Este esquema aparece hoy como demasiado simple. La influencia ejercida por pueblos cazadores más antiguos, su instalación sobre el litoral y la adaptación de su equipamiento a una economía marítima, son aspectos que la arqueología comienza a abordar. En los años setenta pudimos confirmar las conclusiones obtenidas por Emperaire en isla Englefield mediante excavaciones efectuadas en dos sitios de la costa continental del estrecho de Magallanes (Punta Santa Ana y Bahía Buena) cuya antigüedad se remonta a algo más de 4.000 años A. de C.<sup>10</sup>

---

9 J. EMPERAIRE & A. LAMING, "Les gisements des îles Englefield et Vivian dans la mer d'Otway, Patagonie australe", *Journal de la Société des Américanistes* 50, pp 7-75, Paris 1961.

10 O.R. ORTIZ-TRONCOSO, "Punta Santa Ana et Bahia Buena: deux gisements sur une ancienne ligne de rivage dans le Détroit de Magellan", *Journal de la Société des Américanistes* 66, pp 133-204. Paris 1979. Sitios comparables a éstos han sido hallados sobre la costa meridional de la Isla Grande de Tierra del Fuego (L.A. ORQUERA et al., "Lancha Packewaia: Arqueología de los canales fueguinos." Edit. Huemul, B. Aires 1978).

En 1972 tuvimos oportunidad de realizar prospecciones arqueológicas alcanzando el archipiélago del cabo de Hornos. Esto nos permitió detectar vestigios arqueológicos en la isla Herschel, confirmando que los indígenas llegaban con sus canoas hasta los puntos más australes del archipiélago fueguino. Recientemente una expedición francesa ha efectuado investigaciones en la misma área descubriendo varios yacimientos prehistóricos uno de los cuales, sobre la costa sur de Navarino, data de 4.100 años antes de nuestra era<sup>11</sup>.

El litoral de Fuego-Patagonia ha sufrido notables transformaciones derivadas principalmente de la presencia de potente cobertura glacial durante el Pleistoceno, es decir hasta hace unos 10.000 años atrás, produciéndose posteriormente levantamientos que han colocado aquellos sitios tempranos vinculados a economía marítima en cotas con promedios de 10 a 12 m. sobre el actual nivel del mar.

Para finalizar y revisando conclusiones surgidas de investigaciones efectuadas en el Norte Grande, nos parecen destacables las anotadas por el arqueólogo regional Agustín Llagostera indicando que pueden apreciarse tres etapas, o "dimensiones", en la conquista económica del mar por parte de la población aborígen.

La primera fue la conquista de la "dimensión longitudinal", es decir el acceso a los recursos presentes en la orilla, sobre la franja intermareal, lo que en la zona de Antofagasta parece haberse iniciado por lo menos unos 7.500 años antes de nuestra era.

Esta fue seguida por la conquista de la "dimensión batitudinal", o sea el acceso a recursos ictiológicos de profundidad fundamentalmente con el empleo de líneas de pesca, aproximadamente 5.500 años de nuestra era.

Finalmente se emprendió la conquista de la "dimensión latitudinal", es decir una ampliación del espacio marítimo explotable mediante el uso de balsas para alcanzar aguas más profundas<sup>12</sup>. A través de este lento proceso el hombre prehistórico costero del Norte, originalmente un mariscador, se convirtió paulatinamente en pescador y marino.

---

11 O.R. ORTIZ-TRONCOSO "Nota sobre un yacimiento arqueológico en el archipiélago del cabo de Hornos", *Anales del Instituto de la Patagonia* 3, pp. 83-85, P. Arenas 1972. D. LEGOUPIL, "Des indigènes au Cap Horn: conquête d'un territoire et modèle de peuplement aux confins du continent sud-américain", *Journal de la Société des Américanistes* 81, pp 9-45. Paris 1995.

12 A. LLAGOSTERA, "Caza y pesca marítimas", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, pp 57-79. Editorial Andrés Bello, Santiago 1989.

Hay que advertir que la alta antigüedad que presentan los contextos arqueológicos litorales en Chile no son regla común para todo el continente. Al contrario, existen países donde hasta ahora no han sido descubiertos vestigios equivalentes a los ejemplos que hemos venido citando.

Aunque el legado de nuestros primitivos hombres de mar pueda parecerse modesto, debemos recordar que fueron ellos quienes colonizaron originalmente el litoral añadiéndolo al hábitat del hombre americano. Fueron asimismo la avanzada de la Humanidad en el mar meridional y -al alcanzar el cabo de Hornos- quienes completaron el poblamiento de América iniciado con muchos milenios de anticipación desde el estrecho de Bering.

Existen, en consecuencia, sobradas razones para estimular en Chile el desarrollo de una antropología marítima que incluya a su vez una arqueología altamente especializada en el tema. O sea un estudio del pasado provisto de marco teórico y recursos metodológicos adecuados para alcanzar el conocimiento de aquellas culturas que estuvieron vinculadas a la explotación del océano. Además, con una orientación que lleve al conocimiento sistemático del entorno natural costero y su evolución.

Estimamos que esta arqueología marítima no puede tener límite cronológico debiendo ser tanto prehistórica como histórica, es decir que sus objetivos sean el conocimiento y la preservación del conjunto del patrimonio marítimo. Sólo de esta manera podremos discernir las vinculaciones existentes entre la cultura marítima del Chile actual y el legado varias veces milenario recibido del hombre de mar prehispánico.

El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en su obra "Sumario de la Natural Historia de las Indias" -de 1526- señalaba a propósito del mar de América: "... así como en la tierra hay provincias fértiles y otras estériles, de la misma manera en la mar acaece,..."

Podemos concluir diciendo que gracias a la arqueología hemos podido constatar que nuestro mar ha demostrado ser, desde la prehistoria, una de aquellas "provincias fértiles" a las que se refería el cronista. Esperamos lo siga siendo igualmente para las generaciones del futuro.